

## **Capital cultural, carrera profesional y trayectoria política en la crisis de la Restauración<sup>1</sup>**

### **Cultural capital, career and political trajectory in the Restoration crisis**

Jorge Costa Delgado

*Universidad de Cádiz\**

#### RESUMEN

Este artículo estudiará las relaciones entre el capital cultural, la carrera profesional y la trayectoria política de cuatro personajes de creciente relevancia pública en el contexto de la crisis de la Restauración en España. Partiendo de la hipótesis de que a principios del siglo XX se comienza a gestar un cambio en el modo de generación de las élites españolas –y no una simple sucesión generacional–, las variables señaladas anteriormente permiten aproximarse a algunos de los rasgos más significativos de este proceso de transformación, mediante un análisis comparativo de las biografías de José Ortega y Gasset, Ramiro de Maeztu, Manuel Azaña y Luis Araquistáin.

Respecto a las variables, se postula que existe, por un lado, una relación entre las diferencias en la acumulación de capital cultural y la trayectoria política. Y, por

---

<sup>1</sup> Todas las referencias a correspondencia consultada proceden, si no se indica lo contrario, del archivo de la Fundación Ortega-Marañón, a la que agradezco la amabilidad, disponibilidad y colaboración en la consulta de sus fondos.

\* Este trabajo se ha realizado gracias a la financiación de la Dirección General de Investigación del Ministerio de Ciencia e Innovación, dentro del proyecto “Vigilancia de fronteras, colaboración crítica y reconversión: un estudio comparado de la relación de la filosofía con las ciencias sociales en España y Francia (1940-1990)”, referencia FFI2010-15196 (subprograma FISO).

otra parte, que el estudio de la carrera profesional de los sujetos elegidos es importante para reconstruir sus interlocutores –reales o imaginarios– y el público al que se dirigen en su producción cultural y en sus intervenciones públicas; de manera que ciertas características de la ocupación profesional se convierten también en factores determinantes en la acumulación de capital cultural y en la trayectoria política. Que ambas relaciones forman parte de una tendencia generacional más amplia es algo que sólo se aventura aquí como hipótesis. Se intentarán desarrollar los rasgos característicos de esta tendencia generacional a través de las biografías comparadas, dejando su comprobación general para un trabajo posterior.

**PALABRAS CLAVE:** Capital cultural, Carrera profesional, Trayectoria política, Intelectuales, Restauración.

#### ABSTRACT

This article studies the connection between the cultural capital, the professional career and the political trajectory in four subjects of increasing public importance during the crisis of the “Restoration” in Spain. At the beginning of the 20<sup>th</sup> century, it is started a change in the “mode of generation” of the Spanish elites –and not a mere generational succession–. The selected variables allows the approach to some of the most significant features of this process of transformation, through a comparative analysis of José Ortega y Gasset, Ramiro de Maeztu, Manuel Azaña and Luis Araquistáin’s biographies.

In relation to the variables, it is set out that there is, on the one hand, a connection between the differences in cultural capital accumulation and the political trajectory. On the other hand, the study of the selected subjects’ professional career is important to establish their –real or imaginary– interlocutors and the readers they address in their cultural production and in their public performances; so certain characteristics of the professional occupation become also determinant factors in the accumulation of cultural capital and in the political trajectory. If both relations are part of a broader generational tendency, it is set out here only as a hypothesis. We will try to develop the characteristic features of this generational tendency through comparative biographies, leaving its general verification aside for a later study.

**KEY WORDS:** Cultural capital, Professional career, Political trajectory, Intellectuals, Restoration.

## INTRODUCCIÓN

La historiografía se ha ocupado mucho del estudio de la intersección entre los ambientes intelectuales y políticos durante la crisis de la Restauración Española. Allí observamos la existencia de pequeños círculos de interacción muy densa, muy conectados entre sí y con una composición social bastante homogénea. Podemos también rastrear numerosos debates y polémicas, algunas de las cuáles permiten reconstruir las relaciones y procesos sociales que estructuran dichos espacios. El objetivo de este artículo es tratar de explicar ciertas tendencias en la trayectoria de algunos sujetos a partir de la comparación de tres propiedades sociales: el capital cultural, la ocupación profesional y la posición política. La elección de José Ortega y Gasset, Ramiro de Maeztu, Manuel Azaña y Luis Araquistáin se justifica, en primer lugar, por presentar divergencias relevantes desde el punto de vista de las variables escogidas, lo que permite una comparación productiva; en segundo lugar, por la abundancia relativa de material disponible para una reconstrucción sociológica de estas características; si bien el caso de Luis Araquistáin es algo más problemático en su primera etapa.

## ORIGEN SOCIAL

Los cuatro sujetos nacen en familias acomodadas de la España de la Restauración, lo que parece ser en esta época una condición de acceso, salvo contadas excepciones<sup>2</sup>, a ese espacio de intersección entre el campo intelectual y el campo político que comentábamos en la introducción. Maeztu y Araquistáin provenían de familias de propietarios: el primero vinculado a la agricultura de exportación en la Cuba colonial (Maeztu, 1962 [1904]: 25), el segundo a la burguesía vasca (Barrio, 2001: 25), aunque en su caso no pueda precisarse con más detalle la condición de “propietario” de su progenitor. También Azaña, cuya familia formaba parte de la burguesía agrícola e industrial de Alcalá de Henares (Juliá, 2010: 14-15), pertenecía a un estrato social similar; si bien su padre, Esteban Azaña, hijo a su vez de un notario y secretario del ayuntamiento de Alcalá, se inició con 25 años en la carrera política local, siendo primero concejal y después alcalde de la villa. El caso de Ortega es bien diferente: hijo de José Ortega Munilla y Dolores Gasset, el futuro filósofo madrileño vino al mundo en el seno

---

<sup>2</sup> Julián Besteiro, por ejemplo: hijo de un comerciante de ultramarinos.

de una familia que ocupaba el centro de la escena política y periodística madrileña y, por tanto, española (Zamora, 2002: 23-24 y 30). Al margen de ese común origen social burgués, que supone, como señalábamos, una primera criba de acceso a la élite intelectual, encontramos ya aquí las primeras diferencias: tanto Maeztu como Azaña y Ortega tenían en su familia más directa un ejemplo de desempeño profesional ligado al mundo intelectual o al político. Araquistáin es en este punto una excepción con reservas, ya que no disponemos de datos que lo verifiquen o refuten. En Ortega se ve muy claramente: su padre, además de novelista ocasional, fue director del suplemento literario de *El Imparcial*, uno de los periódicos más prestigiosos de la época. Llegará a ser director del periódico en el año 1900, cuando el tío de José Ortega y Gasset, Rafael Gasset, abandone la dirección de *El Imparcial*, propiedad de la familia, para convertirse en ministro. Manuel Azaña encontró en su familia una fuerte tradición liberal (Juliá, 2010: 16) y, como ya hemos visto, su padre ocupó cargos de responsabilidad política a nivel local. Además, Esteban Azaña publicó una *Historia de Alcalá de Henares*, en dos volúmenes. Para Ramiro de Maeztu, el vínculo se concreta en la figura de su madre, Juana Withney, hija del cónsul británico en París, que tras la muerte de su marido y la quiebra del negocio familiar abrió un colegio en Bilbao (González Cuevas, 2002: 24 y 27).

Si repasamos esta breve reconstrucción de los orígenes sociales de Ortega, Azaña y Maeztu, podemos constatar una decreciente intensidad del vínculo familiar con el mundo político e intelectual. Mientras que la familia de Ortega estaba estrechamente conectada con lo más granado de los círculos intelectuales y políticos de la capital, la de Azaña estaba limitada a un ámbito más local: fueron sus estudios de derecho y los contactos de su tío Félix Díaz-Gallo (Juliá, 2010: 39-51), quien tras la temprana muerte de Esteban Azaña en 1890 se hizo cargo de la familia, los que le brindaron acceso a los mismos círculos que Ortega a una edad más avanzada. La trayectoria de Maeztu está muy condicionada por la muerte de su padre y las dificultades económicas por las que pasa la familia. El joven Maeztu abandonó los estudios y probó suerte primero en el mundo de los negocios y después, en oficios varios, en Cuba, tratando de seguir el modelo paterno. Solo cuando esos proyectos fracasasen y regresase a España cobraría protagonismo la figura de la madre, que lo introdujo en el mundo del periodismo poniéndole en contacto con el periódico que publicó su primer artículo a los veintiún años (González Cuevas, 2002: 27). Creemos que sería posible relacionar estas diferentes herencias familiares con una tendencia a ocupar diferentes posiciones en los campos intelectual y político, una vez que los sujetos acceden a ellos. Dicha tendencia se conjuga con muchos otros factores y se corresponde

con un grado variable de familiaridad con los códigos propios de los mundos a los que se accede. En cualquier caso, a pesar de la variabilidad, la familiaridad con el capital cultural (en su doble sentido: “contacto habitual” y “naturalidad”, que procede de su presencia en la familia) es una constante en todos los casos: Maeztu comenta la “severa disciplina intelectual, moral y física” (Maeztu, 1962 [1904]: 25) que le inculca su padre; Azaña, recuerda la biblioteca familiar y los paseos con su abuelo, además de la evidente influencia de su tío (Juliá, 2010: 20 y Marco, 2007: 24-27); por último, Javier Zamora (2002: 30) nos habla de “las multitudinarias cenas de la casa de Ortega Munilla”, donde “los niños jugueteaban entre los comensales y cuando fueron siendo mayorcitos, gustaban de quedarse en las conversaciones de mayores”.

#### CAPITAL CULTURAL Y PRODUCCIÓN INTELECTUAL

Más allá de la desigual presencia de capital cultural en el origen social, se trata ahora de caracterizar, a grandes rasgos, la trayectoria de los sujetos estudiados en lo que a esta variable se refiere. Pero esa caracterización no puede pensarse de manera independiente: Ortega, Maeztu, Azaña y Araquistáin comparten un espacio social donde este recurso –la “cultura”– es valioso y la definición de la ortodoxia cultural juega un rol fundamental, en la que cada posición o apuesta no solo se sostiene por sí misma, sino también frente a otros. La diferente composición del capital cultural en cada caso nos permitirá reconstruir las estructuras que organizan este espacio compartido, a caballo entre el mundo intelectual y el político. Posteriormente podremos continuar desarrollando la hipótesis con la que cerrábamos el apartado anterior: la de una tendencia a la continuidad entre el capital cultural que posee cada uno de los sujetos en función de su origen social y las diferentes posiciones que ocuparán en el mundo intelectual y en la política.

Las trayectorias académicas de Ramiro de Maeztu y Luis Araquistáin son sustancialmente diferentes a las de Azaña y Ortega. Para Maeztu, la quiebra del negocio familiar supuso la renuncia a cursar estudios universitarios. A los dieciséis años se trasladó a París para tratar de convertirse en comerciante (Marrero, 1955: 49) y, más tarde, a Cuba, donde como vimos anteriormente desempeñó diversos oficios, muchos de ellos de carácter manual. Curiosamente, Araquistáin comparte una experiencia similar: tras cursar y terminar los estudios de náutica en la Escuela de Bilbao (Barrio, 2001: 25 y 28), entre finales de 1905 y principios de 1906 viajó a Argentina donde “al igual que Maeztu en Cuba, desempeña todo tipo de trabajos para sobrevivir” (Santervás, 1990: 136). Allí

acabó retomando la vocación periodística que ya había iniciado en *El Noticiero Bilbaíno* antes de su partida (Santervás, 1990: 134). A pesar de que Araquistáin cursa estudios universitarios en una posterior estancia en Alemania a principios de la década de 1910 (Rodríguez Miguel, 1996: 73), tanto a él como a Maeztu se les ha incluido en la categoría de “intelectual autodidacta” (Barrio, 2001: 13) y ambos mostraron una fuerte conciencia de sí mismos en tanto que tales:

*Los comienzos de Maeztu en el periodismo fueron muy duros. No sólo tuvo que enfrentarse a la pobreza, sino a la incertidumbre y a la ausencia de auténticos maestros. El autodidactismo fue una de las principales rémoras de su formación intelectual, de la que se dolería y avergonzaría permanentemente. [...] De ahí igualmente su profunda admiración por hombres que disfrutaron de una sólida formación académica, no dudando en seguir como veremos, los proyectos de aquellos intelectuales que juzgaba superiores (González Cuevas, 2003: 44-45).*

Uno de estos intelectuales que Maeztu juzgaba superiores en la época a la que se refiere la afirmación de González Cuevas, es decir, la primera década del siglo XX, era Ortega. En 1910, Ortega ya era catedrático de metafísica y había viajado dos veces a Alemania para continuar su formación filosófica. Al igual que Azaña –licenciado en Derecho que viajó a Francia–, sus viajes al extranjero tienen un carácter formativo: primero la ayuda familiar y después las pensiones del Ministerio de Instrucción Pública y de la Junta de Ampliación de Estudios (Zamora, 2002: 57 y 111) hicieron posibles estos viajes de estudio.

Tenemos, por tanto, una clara oposición que distribuye a los cuatro sujetos, en función del capital cultural institucionalizado, en dos polos: en el académico estarían Ortega y Azaña y en el no institucionalizado, Maeztu y Araquistáin. Más adelante veremos que cada posición resultante de esta distribución permitía el acceso a unas profesiones y cerraba el paso al ejercicio de otras; y que, a su vez, cada combinación entre el capital cultural acumulado y la profesión tiende a ir asociada a diferentes formas de producción intelectual. Por el momento, la clásica distinción de Pierre Bourdieu entre capital cultural en estado incorporado, objetivado e institucionalizado nos basta para no identificar mecánicamente la competencia con su reconocimiento oficial en forma de título. Sin embargo, es indudable que estos factores juegan un papel en la disputa por establecer una jerarquía simbólica entre los distintos tipos de producción intelectual. Tal disputa se manifiesta en sucesivos debates y en la división del trabajo político e intelectual, que no solo es técnica sino que se asocia a diferentes status sociales. Maeztu se interpreta a sí mismo a principios del siglo

XX como vulgarizador de la producción intelectual más *refinada*: “orientación inmediata de la vida colectiva, mediante la transformación de los productos ideológicos del intelectualismo en ideales eficientes, carne y sangre de un pueblo” (Villacañas, 2000: 68). En sus propias palabras: “un puente entre la alta cultura y la curiosidad de los que no podemos consagrarnos a ella” (Carta de Maeztu a Ortega, 14 de julio de 1908). La menor legitimidad de la posición de intermediario entre el intelectual *refinado* y el gran público respecto a la del propio intelectual especializado es un arbitrario social compartido por estos cuatro intelectuales, sin que las distintas posiciones ocupadas por cada uno de ellos en el campo intelectual alteren sustancialmente la percepción de la existencia de una misma jerarquía simbólica de la producción intelectual, que organiza el espacio y les permite ubicarse en él. Un ejemplo de ello lo encontramos en la polémica de 1908 entre Ortega y Maeztu, en que ambos se posicionan frente a su interlocutor, repartiendo distintas esferas de la actividad intelectual en función de su diferente capital cultural. En una carta del 15 de octubre de 1911 Maeztu escribe a Ortega: “En resumen, todas las posiciones políticas de usted en España son falsas. Y le devuelvo lo que me escribía usted hace tres años. « En los planos medios del espíritu, su reino es supremo; en los altos no ha penetrado. » En los planos altos el reino de usted es supremo. En los medios –política, persona, táctica– se engaña usted de todas, todas” (Villacañas, 2000: 150-151). Es importante advertir que la jerarquía que ordena el campo intelectual no está en discusión: lo que es “alto” y “bajo” queda perfectamente claro para los dos: “Ha terminado la polémica. He visto que estábamos en pisos diferentes. Vd., más arriba y mirando a más arriba todavía; yo, más abajo y mirando todavía más abajo” (Zamora, 2002: 77). Es igualmente importante constatar que la desigual posesión de capital cultural en un momento dado guarda relación con el proceso de acumulación anterior del mismo, que se remonta a diferencias en el origen social y en el entorno familiar, y que se reproduce en otras oposiciones, como puede ser la de centro/periferia, que no desarrollamos en este artículo. A veces estas diferencias aparecen en el propio análisis que hacen los sujetos implicados de los conflictos en los que se ven inmersos:

*Es posible –aparte que su educación le ha hecho a Vd. concentrarse sobre unos cuantos puntos y a mi desparramarme en una infinidad– que nuestra diferencia en esto provenga de que Vd. enfoque su pensamiento hacia el intelectual medio de Madrid, político, articulista, etc. en quien ve Vd. un Caos que desea transformar en Cosmos; mientras yo pienso para el intelectual medio de España, en cuyas ideas veo un Cosmos*

*ridículamente pequeño, que deseo transformar en Caos para que luego salga de allí un Cosmos aceptable, europeo* (Carta de Maeztu a Ortega, septiembre de 1908).

No obstante, en ocasiones se revela cierta tensión entre la asunción de la jerarquía y la búsqueda de legitimidad de quienes ocupan una posición subordinada en ella. En esos casos –que, insisto, según nuestro análisis de la correspondencia y la opinión de algunos biógrafos que ya hemos citado, son esporádicos– encontramos dos posibles estrategias de legitimación. La primera, es más frecuente en Maeztu: podemos pensar que a causa de la diferencia de edad con sus interlocutores; a que cuando Ortega, Azaña y Araquistáin acceden al debate público Maeztu es ya una figura consagrada; y a que, a diferencia de Araquistáin, el vitoriano llegó a adquirir una formación más que aceptable en filosofía, en esa época la disciplina prestigiosa por excelencia. Ello le permitió reivindicar su propio lugar en el campo y reprochar a Ortega su excesiva *soberbia filosófica* cuando este trataba de defender en la prensa una nueva forma de ser intelectual:

*No establezca Vd. artificiosas superioridades fundadas en el género de estudios; no funde Vd. superioridades en la aplicación del talento: el epigrama de Marcial vale tanto como la epopeya de Voltaire. Fúndelas en la obra, y, mejor, en el espíritu de cada uno. Además esa jerarquía por la aplicación, ese brahminismo [sic] cultural, me parece ¡inmoral! Y lo es, lo es. Necesitamos alta cultura (si quita Vd. de alta la calificación jerárquica para designar con el adjetivo a exégetas, metafísicos, historiadores, e investigadores de toda índole), pero necesitamos igualmente de empleados de correos que no roben las cartas, de maestros que enseñen, de buenos periodistas, de obreros entusiastas, de ingenieros que no hagan chanchullos con los contratistas, etc. etc. ¿Cree Vd. que los tendrá si empieza por hacerles sentir su inferioridad? [...] No amigo mío: la aplicación es cosa secundaria; lo importante es ensanchar el alma individual en obra colectiva, de metafísica o de párvulos, de correos o de periodismo, de agricultura o de lo que sea. -Y Vd. mi querido contrincante, ¡Vd. está ahora haciendo periodismo!* (Carta de Maeztu a Ortega, 14 de julio de 1908).

Por el contrario, en Araquistáin encontramos con más frecuencia la segunda estrategia, que consiste en revestir la posición subordinada, es decir, la de periodista, con ropajes más prestigiosos. Así, en 1958 Araquistáin trataba de explicar a Claudio Sánchez Albornoz que “unos escriben ensayos e Historia

medieval como Vd. y otros de Historia contemporánea como yo, en esta *gran cátedra y archivo* de la historia que es el periodismo moderno<sup>3</sup>” (Tusell, 1983: 125); mientras que en su obra *El pensamiento español contemporáneo* defendía que “en nuestro tiempo el ágora de nuestros filósofos ha sido la prensa periódica y sus lecciones, periodismo” (Tusell, 1983: 126). Esta actitud ambigua hacia el polo más legítimo del campo parece confirmar que Araquistáin ocupa una posición inferior en la jerarquía intelectual, lo que se traduce en una oscilación, siguiendo las dos posibilidades que Grignon (1991: 42) establece para las clases culturalmente dominadas –en nuestro caso, relativamente dominadas dentro de la esfera de las prácticas culturales más legítimas–, entre la exclusión y el rechazo. Entre la dolorosa consciencia de ser considerado, y de considerarse a sí mismo, un intelectual menor, como revela la búsqueda de reconocimiento por parte de sus superiores –en una carta a Ortega de 1912, Araquistáin promete abandonar el periodismo y se siente ofendido porque el catedrático de metafísica le llama periodista (Santervás, 1990: 146): “Yo sé lo que significa esa palabra, periodista, para un universitario”–; y la denuncia de “esa especie de fetichismo [...] ante el hombre que llegaba con un diploma” (Rivera 2009: 1026) durante su radicalización política posterior, en la Segunda República.

Varias de las citas a las que hemos acudido para ilustrar la manera en que se estructura el campo intelectual forman parte de una serie de polémicas que mantiene Ortega en la prensa entre 1908 y 1911. Estos enfrentamientos resultan del intento de imponer una nueva legitimidad intelectual fundamentada en la importación de lo más avanzado del pensamiento europeo a España, para posteriormente desarrollar un pensamiento propio estrechamente vinculado a la urgente necesidad –así se entiende– de modernizar España. El proyecto era de tal calibre que, más allá de la renovación de contenidos científicos o filosóficos, llevaba en sí la apuesta por un nuevo modelo de intelectual y, con ello, el cuestionamiento de la práctica intelectual tal y como se había entendido hasta entonces. Santos Juliá lo describe en los siguientes términos:

*Del intelectual como sujeto individual a la intelectualidad como sujeto colectivo no hubo más que un paso, que se produjo desde el mismo momento en que la industrialización masiva y la sociedad profesional conocieron un rápido auge a raíz de la Gran Guerra, y los intelectuales comenzaron a definirse por su competencia más que por su arte. Su modo de presencia, más que por el orgulloso aislamiento, se caracterizó*

---

<sup>3</sup> La cursiva es mía.

*entonces por la conciencia de formar parte de una minoría selecta que aspiraba a representar los intereses del todo* (Juliá, 2004: 13).

En el siguiente apartado trataremos de desarrollar más detalladamente, para los cuatro intelectuales que tomamos como referencia, esta descripción a grandes rasgos con la intención de concretar algunas de las propiedades más significativas que caracterizan a la nueva práctica intelectual que trata de imponerse.

El propio Santos Juliá nos ofrece algunas indicaciones:

En primer lugar, la progresiva profesionalización y autonomía de la condición de político y la condición de intelectual, en el marco de la consolidación del Estado liberal a finales del siglo XIX, hizo posible que los intelectuales, en palabras de Bourdieu, comenzaran a “intervenir en el campo político en nombre de las normas propias de un campo literario que ha conquistado ya su autonomía” (Juliá, 2004: 62) y no propiamente como políticos, rompiendo de esta manera el anterior vínculo entre el “escritor público” –denominación que expresa el estado anterior de escasa diferenciación del trabajo intelectual y el político–, el Estado y el pueblo al que aspiraba a representar. Santos Juliá (2004: 150) destaca igualmente que la modernización industrial de España acompañó todo el proceso, por lo que no se puede explicar la evolución del modelo de intelectual sin reflexionar sobre la relación entre una y otro, que se vuelve cada vez más evidente en los años inmediatamente anteriores a la Gran Guerra. Aquí, Santos Juliá recupera la clasificación de Gramsci, que distingue entre dos tipos de intelectuales: el tradicional (literato, filósofo, artista, periodista), que podríamos asociar a una forma de saber erudito, y el moderno, cuya base es la “educación técnica, íntimamente ligada con el trabajo industrial” (Juliá, 2004: 140), con una formación de carácter más especializado. Maeztu, Azaña, Ortega y Araquistáin fueron, cada uno a su manera, apologetas de una necesaria modernización de España que se fundamentaba, entre otras cosas, en una moderna división del trabajo, también en el ámbito intelectual: “« Ya no queremos hombres universales y aficionados, sino especialistas y técnicos ». Rigor científico, precisión en los métodos, aprendizaje de la técnica, procedimientos de investigación: formar en esa disciplina es lo que debe caracterizar en el futuro « a nuestra Casa »” (Juliá, 2010: 95), decía Azaña en 1913. Pero entonces la clasificación que propone Gramsci plantea serios problemas, puesto que Maeztu, Araquistáin (periodistas) y Ortega (catedrático de metafísica) se acercan mucho más a su modelo de intelectual tradicional que al moderno. El caso de Azaña es más complejo si atendemos a su ocupación profesional hasta la Segunda República (funcionario judicial en la administración del Estado), pero en cuanto

a su producción intelectual (literaria, jurídica e historiográfica) también parece más próximo al intelectual tradicional que a cualquier tipo de vínculo con el “trabajo industrial”. Si consideramos esa “educación técnica” en un sentido más amplio, como un proceso de especialización que puede darse en cada disciplina – así podríamos hablar también de filósofos o periodistas que serían más especialistas que antes en sus respectivas actividades–, se plantea el problema de concretar en qué consiste dicha especialización intelectual. Es decir, más allá de afirmar la influencia que la modernización industrial y la expansión burocrática del Estado tienen sobre el campo intelectual, se trata de responder a la pregunta de ¿qué factores propiamente intelectuales permiten afirmar que existe una filosofía o un periodismo –y, por tanto, un modelo de filósofo o periodista– más especializados en este período? Para ello entendemos que es necesario plantear un nuevo esquema interpretativo en el que, no obstante, la relación entre ocupación profesional y producción intelectual jugará un rol importante.

En segundo lugar, la crisis del positivismo como paradigma para las Ciencias Sociales que nacen como disciplinas independientes durante el siglo XIX y, por otra parte, el cuestionamiento del idealismo como visión del mundo, explicarían el “contexto ideológico” en que se desenvuelven los intelectuales de la *Generación del 98*. Esta reacción anti-positivista que trata de salvaguardar una idea de la cultura frente a la especialización científica es un fenómeno a nivel europeo, que presenta diferentes ritmos y peculiaridades en cada región, como podemos constatar, por ejemplo, en la comparativa generacional de Robert Wohl (1979). El debate entre Unamuno y Ortega que opone metafóricamente a España y Europa puede interpretarse en esos términos. Frente a un Unamuno que en 1906 escribía lo siguiente: “debo confesar que cuanto más en ello medito, más descubro la íntima repugnancia que mi espíritu siente hacia todo lo que pasa por principios directores del espíritu europeo moderno, hacia la ortodoxia científica de hoy” (Zamora, 2002: 84-85), Ortega, que acaba de volver de su período de formación filosófica en la escuela neokantiana de Marburgo, ante el hecho de la institucionalización de las nuevas disciplinas, apuesta por un proyecto de filosofía en estrecho contacto con las ciencias sociales. Según José Luis Moreno Pestaña (2013: 163) esta fue una de las respuestas filosóficas a “la diferenciación de las disciplinas respecto de la filosofía”: “el neokantismo fue un ejemplo de filosofía que no se entrometía en las disciplinas y que les proporcionaba servicios filosóficos”. La apuesta de Maeztu por la modernización de España y por la necesidad de incorporar una ética del trabajo al estilo europeo va acompañada de una dura crítica a los modelos educativos existentes en España, reivindicando una educación más especializada y con una vocación práctica:

*El tipo de educación propugnado por Maeztu, frente a la enseñanza católica y el modelo institucionista, era, entonces, de claro signo especializado, es decir, destinado a promover la racionalización de la sociedad y definido, en consecuencia, por unos saberes concretos, prácticos, comenzando por «extender nuestro caudal de ciencia positiva», para formar sabios, ingenieros y mecánicos (González Cuevas, 2003: 95).*

La tesis que defiende José Luis Villacañas (2000) va en esta línea: pese a los distintos virajes políticos e ideológicos de Maeztu, habría un proyecto común a toda su trayectoria: la modernización social y económica de España apoyada en una burguesía industrial, técnica y no rentista. Poco a poco, el proyecto se fue asociando también a un intento de renovar el pensamiento católico que, por un lado, conectaría la modernización con la tradición española más auténtica y, por otro, permitiría corregir los errores que demostraba tener el proyecto de la modernidad europea.

#### OCUPACIÓN PROFESIONAL, MERCADO INTELECTUAL Y TRAYECTORIA POLÍTICA

Rafael Santervás (1990: 133) trata de explicar “los abundantes cambios tácticos e ideológicos” de Maeztu y Araquistáin atendiendo a tres factores: “El talante personal y el apresurado periodismo del que viven, unidos al regeneracionismo visceral que los anima, explican los abundantes cambios tácticos e ideológicos de ambos, sin necesidad de acudir a la conversión de Maeztu, a que alude Vegas Latapié, ni al arrepentimiento extremo del que, en el caso de Araquistáin, nos habla Prieto”. De esta manera, el radicalismo político de Maeztu y Araquistáin durante la II República estaría íntimamente relacionado con la vocación de intervención en la vida pública que caracterizaba a su labor profesional: “Dominados por voluntarismos revolucionarios y contrarrevolucionarios, los dos corresponsales se entregarán ciegamente a su antiguo e íntimo deseo de «influir en la vida pública».” (Santervás, 1990: 153)

Tendríamos, por tanto, unas trayectorias políticas que se caracterizan por bruscas discontinuidades, descritas con frecuencia en términos religiosos –conversión, arrepentimiento–; lo que denota ante todo la dificultad de explicar racionalmente el proceso. Santervás propone tres factores comunes que condicionarían esas trayectorias: una psicología, una ocupación profesional y un proyecto ideológico similares. Nuestro objetivo será, incorporando a Ortega y Azaña al análisis, proponer un esquema de interpretación que pueda servir de orientación para explicar la relación entre la producción intelectual y la

trayectoria política. Creemos que es posible establecer ciertas regularidades extrapolables a otros sujetos contemporáneos a los que aquí consideramos, lo que obliga a dejar a un lado los factores psicológicos –demasiado apegados a circunstancias personales– y la hipótesis del proyecto regeneracionista, compartido también por Azaña y Ortega, ya que se desarrolla de manera diferente en los cuatro casos.

Por otra parte, esta voluntad de sistematización obliga igualmente a delimitar el análisis de la trayectoria política. Aquí nos limitaremos a un solo aspecto: diferenciaremos entre trayectorias políticas que tienen un carácter más continuista y otras que tienen un carácter más rupturista. Dicho de otro modo, las trayectorias que parecen tener un principio ideológico de coherencia interna frente a las que, analizadas desde esa misma perspectiva, solo pueden ser definidas como *conversiones*.

Para la producción intelectual tomaremos dos propiedades en consideración. La primera será la relación entre la ocupación profesional y la política. Evidentemente para explicar con precisión la trayectoria de un determinado autor sería necesario entrar con mucho más detalle en la relación entre cada profesión particular, la producción intelectual y la trayectoria política. Como de lo que aquí se trata es de proponer un esquema que permita una comparación intersubjetiva es necesario simplificar mucho las variables. Partiremos del supuesto de que hay diferentes grados de autonomía de una profesión respecto del campo político. Por ejemplo, un funcionario que accede a su puesto por oposición y tiene garantizada su permanencia a largo plazo será, al menos en el ejercicio de su profesión, más independiente de la coyuntura política inmediata que un cargo que dependa de la designación directa de un responsable político. Aunque la diferencia es gradual y no absoluta, aquí distinguiremos entre un *espacio profesional autónomo* y otro *heterónimo*. El ejemplo del funcionario y su vínculo con el Estado es paradigmático y se corresponde, como veremos, con Azaña y Ortega, pero no es el único posible. Podemos considerar otras ocupaciones profesionales que, si bien no están sancionadas por el reconocimiento institucionalizado de la posesión de capital cultural, compatibilizan la autonomía del campo político con la posibilidad de una producción intelectual –sin importar si esta última está vinculada o no al propio ejercicio de la profesión–, por ejemplo un propietario rentista que se dedicara a la literatura. Para la segunda propiedad tomaremos en cuenta las indicaciones de Pierre Bourdieu (2011: 213-215) acerca del “mercado de bienes simbólicos”: “este universo relativamente autónomo [...] da cabida a una economía al revés, basada, en su lógica específica, en la naturaleza misma de los bienes simbólicos,

realidades de doble faceta, mercancías y significaciones, cuyos valores propiamente simbólico y comercial permanecen relativamente independientes.” Bourdieu muestra que esta doble faceta hace que coexistan “dos modos de producción y de circulación que obedecen a lógicas inversas” y propone la duración del ciclo de producción como uno de los indicadores más apropiados para “calibrar la posición que ocupa una empresa de producción cultural dentro del campo.” Así, una producción intelectual de ciclo corto tendería a considerar el valor de cambio –faceta mercantil– inmediato del producto ya sea en términos materiales o simbólicos; mientras que una producción intelectual de ciclo largo tendería a someterse a las leyes específicas de su campo, es decir, al valor de uso propiamente intelectual: la innovación formal en literatura, o la discusión con los autores canónicos en torno al problema de la relación del ser humano con el mundo en metafísica. Sin embargo, conviene tomar dos precauciones a la hora de aplicar este esquema a nuestro estudio:

1. Insistir en la dimensión simbólica de los mercados intelectuales: esto es, en la existencia de retribuciones simbólicas –aunque puedan acarrear también beneficios materiales–, que determinan, mediante la anticipación de la demanda, una producción de ciclo corto que busca beneficios no materiales, o al menos, no estrictamente monetarios. La autonomía económica que posibilita la condición de funcionario, mucho más factible en una filosofía eminentemente universitaria que en el periodismo, no permitiría explicar la intensa actividad periodística de un catedrático de universidad como Ortega: es necesario pensar en retribuciones más simbólicas que materiales. La “acumulación de capital simbólico, en tanto que capital «económico» negado” de la que habla Bourdieu (2011: 214), se impone como criterio de legitimidad en aquellos campos cuya autonomía relativa del capital económico es más acentuada. En otros casos, donde nos encontramos con campos sociales aún emergentes, en proceso de diferenciación, o incluso en apuestas coyunturales que tratan de reintroducir criterios externos a la lógica propia del campo, la autonomía es discutida y los sujetos tienden a oscilar más entre distintas formas de legitimidad. En una carta de Ortega a Maeztu, a propósito de una polémica con Unamuno, el filósofo madrileño lo muestra claramente:

*En los periódicos nuestros el escritor no puede ser científico: ahí está el arte y el problema entero. Ser escritor de periódico y ser algo científico. Nuestros artículos, contra sus ilusiones, ni son objetivos como tales – aunque llevan proposiciones objetivas– ni pueden serlo. El periodismo es arte. Donde la cultura ambiente es mucha podrá ese arte arrastrar más elementos objetivos, donde no hay que comprar el derecho a enseñar*

*algo dando a carretadas la emoción, lo estético* (Carta no enviada e incompleta de Ortega a Maeztu, octubre de 1911).

En la España de la época, la prensa y las tertulias funcionaban como espacios de encuentro intelectual, mientras que las instituciones y medios que podían hacer posible la discusión estrictamente científica tenían un desarrollo limitado en comparación con otros países europeos. En estos espacios, el debate político y la inversión en relaciones sociales provechosas convivían con un sustitutivo del debate científico que iba orientado, en gran medida, a públicos profanos. El campo intelectual puede definirse en este caso como un espacio interdisciplinar que tiene como criterio de acceso la posesión de cierto capital cultural no especializado y en el que se da, de manera más difusa, una tensión homóloga a la que se produce en cada una de las disciplinas que se integran en él: la tensión entre la autonomía pura y la utilidad social o el beneficio económico, entre públicos especialistas y profanos en la materia, entre una producción de ciclo largo y de ciclo corto. La tentación de combinar distintas apuestas y, por tanto, distintas formas de legitimidad en un espacio tan heterogéneo era muy fuerte.

2. Contemplar la posibilidad de una hibridación de los referentes que, asociados a lo que en un estado del campo intelectual dado se considera propio de “especialistas” o de un público “profano”, permiten diferentes niveles de lectura y, por lo tanto, diferentes apropiaciones de un mismo producto intelectual. Para ello tendremos en cuenta principalmente el tipo de recepción que tienen los distintos autores a lo largo de sus trayectorias, así como, en la medida de lo posible, los objetivos que se marcan en su producción intelectual.

Al distinguir las dos propiedades: espacio profesional y mercado intelectual, separamos analíticamente la dimensión material y la dimensión simbólica del proceso de producción intelectual, pero no olvidamos las evidentes relaciones entre una y otra, que desarrollaremos a continuación.

Cuadro 1

Autor	Espacio profesional	Producción y mercado intelectual
Ortega	Autónomo	Ciclo largo
		Ciclo corto
Azaña	Autónomo	Ciclo largo

Maeztu	Heterónimo	Ciclo largo
		Ciclo corto
Araquistáin	Heterónimo	Ciclo corto

En primer lugar encontramos a Ortega. Catedrático de Metafísica en la Universidad Central de Madrid, los criterios de selección para el acceso al puesto parecen garantizar por sí solos una autonomía bastante acusada del campo político, que refuerza el propio carácter de la disciplina. La cuestión del ciclo de producción intelectual es más compleja. Encontramos desde muy pronto en Ortega una intensa vocación de intervención en la vida pública, que se concretó en sus colaboraciones en la prensa, siguiendo una de las posibilidades presentes en la tradición familiar –la otra era la política, donde era más difícil la conversión del capital cultural que poseía el joven filósofo–. Parte de la producción periodística de Ortega, ya lo hemos visto, iba dirigida a públicos no especialistas en filosofía y la propia condición de ese público y del medio en el que escribía le obligaba a estar muy pendiente de la actualidad política y de las polémicas que agitaban el mundo periodístico casi cotidianamente:

*Dentro de la definición de publicista entra el no rehuir sistemáticamente la polémica, el reaccionar ante públicas acometidas. El científico no es publicista: su público no es el público, sino un círculo de lectores exactamente delimitado por la concordancia en admitir ciertos principios, los métodos científicos. Si alguien acomete en verso a un físico este claro está no tiene para qué contestar. No contestar es, pues, dejar de ser publicista. Y esto es lo fundamental que debía Ud. aconsejarme y que tanto hemos hablado aquí. Todo lo demás es vivir en perpetua antinomia. “El Imparcial” no es una revista de filosofía: ergo no se puede en él ser objetivo (Carta de Ortega a Maeztu incompleta y no enviada, octubre de 1911).*

Puede afirmarse que más que desarrollar una teoría filosófica o participar en algunos de los debates propiamente filosóficos de su tiempo, con esas colaboraciones Ortega buscaba influir en la opinión pública, por lo que sin duda responden a las características de una producción de ciclo corto.

En algunos casos, la frontera entre la producción de carácter periodístico y la filosófica no está muy clara: algunas obras señaladas de Ortega son recopilaciones de artículos de prensa. Como hemos visto, el debate intelectual en España tenía

condiciones muy diferentes a las que Ortega había conocido en el curso de su formación filosófica en Marburgo y la doble vocación de Ortega tiene claras repercusiones en su producción intelectual: en la forma de escribir filosofía de Ortega se encuentran ecos evidentes de su voluntad de dirigirse a públicos amplios y, a la inversa, en sus artículos periodísticos se deja ver su filosofía. La conciencia de esa particularidad de la coyuntura española se reflejaba en un estilo caracterizado por un doble juego, que reproducía en cierto modo una doble vida que Ortega parecía sentir como provisional. Una provisionalidad que tenía visos de ser definitiva en los momentos en que Ortega desesperaba de la política y consideraba que el mundo científico y el político eran estructuralmente irreconciliables, como en *Mirabeau o el político* (1927); pero que aspiraba a una síntesis armónica en períodos de compromiso político:

*no elijo a Lerroux, pero invito a que los que no van a ocupar sus ocios en otras cosas de más sustancia –como procuro yo hacer– elijan a Lerroux. [...] Lo anterior le mostrará a Ud. que, precisamente porque creo que somos algo nuevo en España, creo también que no servimos para todo. No somos políticos de hoy. Los pensadores no son los políticos todavía. [...] ¿Solución? La de que he vuelto a mi punto de partida: la política es un deber: hagámosla, pues –pero no pongamos fe en ella. El problema español es un problema intelectual: hagamos libros. La solución, pues, vuelve a ser remota. ¿En tanto? Seamos lo más finamente intelectuales que podamos: vivamos en Europa hasta materialmente. La ciencia, el arte: he ahí las dos únicas cosas seguras, ciertas si queremos una España futura. ¿Por qué no se especializa Ud. en economía política?* (Carta no enviada e incompleta de Ortega a Maeztu, 25 de agosto de 1910).

Obsérvese el alcance del doble juego intelectual y sus repercusiones –incluso materiales– sobre la existencia de quien, como Ortega, se implicaba en él. El compromiso político, como vemos, pasaba por la particular forma del reconocimiento del enfoque intelectual como un criterio válido y, en cualquier caso, legítimo en política, de manera similar a la descripción que Bourdieu (2011: 196-200) hace de Zola a propósito de “la invención del intelectual”: lo interesante aquí es que esta forma de compromiso político que pasa por “poner su autoridad específica al servicio de causas políticas” permite, al revalorizar la autonomía intelectual intentando imponerla como norma también en la política, persistir en el doble juego preservándose del descrédito intelectual que acompaña a quienes conectan con públicos profanos. Desde estos presupuestos, arriesgar demasiado en el compromiso político supone también arriesgar una posición intelectual, en la medida en que se perciba que se sacrifica esa autonomía

intelectual que tantos réditos simbólicos otorga en el campo. Maeztu lo ve bien cuando aconseja a Ortega que cuide su reputación intelectual y tenga cuidado con sus elecciones políticas:

*se me figura que no conoce Vd. bien el camino que traza y antes de que dé nuevos pasos y nos los haga dar a los demás quiero que vuelva a meditar su actitud y a mirar lo que tiene delante. "Ningún pensador va a la política en estado de inocencia", dijo Vd. en Europa. ¡Cuidado! No sirva el nombre de usted para que otros coticen más alto el timo de la revolución, para con los españoles de América, y el precio del silencio, para con los plutócratas de España. El peligro no está en dar un paso hacia adelante, sino en poner nuestra confianza en quien vaya a venderla el día de mañana* (Carta de Maeztu a Ortega, 25 de julio de 1910).

De esta manera, la autonomía que acompañaba a la vocación filosófica de Ortega pudo ser compatible con la vocación de intervención política, ya fuera mediante la prensa o directamente mediante la militancia política. Él mismo dijo: "aunque soy muy poco periodista, nací sobre una rotativa." (Zamora, 2002: 205) Que su trayectoria política fuera relativamente estable en su dimensión ideológica se podría explicar en función de las propiedades aquí consideradas: en fases de desencanto político la esfera intelectual y la política se mantenían diferenciadas; cuando Ortega apostó por el compromiso político, la forma que tomó esa apuesta permitió salvaguardar su prestigio específicamente intelectual, lo que dejaba abierta la puerta a una posible retirada. Tenía, por así decirlo, un mayor margen de maniobra ante coyunturas políticas cambiantes; si bien conforme se fueron quemando etapas vitales, dicho margen de maniobra se redujo considerablemente. En segundo lugar, la autonomía profesional y la existencia de un mercado intelectual específico para una producción de ciclo largo permitieron a Ortega prestar menos atención a la coyuntura política inmediata, ofreciendo un espacio que compensaba esas retiradas de la actualidad política. Ortega fue una figura filosófica a nivel europeo, lo que quiere decir que participaba en debates filosóficos que superaban las fronteras nacionales. El principio de autonomía respecto de la coyuntura política que se deriva de su profesión y de la vocación filosófica de su producción intelectual se veía reforzado porque dicha vocación se desarrollaba, en buena parte, en diálogo con otros filósofos que no tenían relación alguna con la realidad política española. No obstante, existió siempre una tensión entre ambas vocaciones. Cuando no fueron compatibles, Ortega apostó por una o por otra y, en su caso, la apuesta más decidida fue casi siempre la filosófica. No se valoran aquí los costes psicológicos de tales decisiones, sino la economía material, es decir, las diferentes formas de

retribución económica de la actividad intelectual que recoge la primera de las propiedades consideradas, y simbólica, las diferentes formas de reconocimiento que organizan simbólicamente el campo intelectual y que aquí esquemáticamente distribuimos entre producción de ciclo corto y de ciclo largo, que estructuraba la producción intelectual. Durante los períodos en los que Ortega se volcó en la labor periodística, la necesidad de atender a la agenda política generó tensiones que amenazaban esa distancia intelectual que objetivamente era su apuesta vital más sólida, lo que explicaría las fases de profundo desencanto que suceden a esos períodos de compromiso –tiempo y prestigio perdidos, retribución insuficiente– y los súbitos abandonos de proyectos políticos que jalonan su trayectoria: “estoy cansado, rendido. Y no ciertamente por el trabajo. Es que me he preocupado de hartas cosas en poco tiempo: he dado demasiado y *no he recibido nada*. Tal vez sea esto una vanidad necia pero es la única explicación que hallo a mi situación” (Carta no enviada e incompleta de Ortega a Maeztu, 25 de agosto de 1910).

Manuel Azaña comparte con Ortega la autonomía de su ocupación profesional – hasta la Segunda República– y la preferencia por una producción de ciclo largo, ya sea de carácter literario, político o historiográfico. La importancia de la prensa en el mundo intelectual hacía que prácticamente cualquiera que tuviera ambiciones intelectuales escribiera en ella. Azaña no es una excepción y sería lógico catalogar esta producción consecuentemente, como una producción de ciclo corto. Sin embargo, consideramos que la producción periodística de Azaña ocupa un lugar secundario en su obra. Santos Juliá (2010: 199) afirma que aunque Azaña “mostró una afición precoz a la escritura de artículos en publicaciones periódicas, nunca consolidó una posición como escritor con nombre propio”. Cuando se hizo más asidua, en su época en *La Pluma*, fue de carácter literario y en una publicación de pequeña tirada. Solo el período en que se hizo cargo de la dirección de la revista *España* –un año y tres meses– escribiría Azaña con regularidad artículos de crítica de la actualidad política. A este período se refiere Santos Juliá (2010: 220) cuando dice que

*Azaña no escribió ningún tratado teórico, no fue un pensador a la manera de un profesor de universidad; era un político acostumbrado a pensar cada coyuntura presente desde una perspectiva histórica. Y lo que escribía cada semana estaba siempre tan estrechamente relacionado con cada momento político que interpretar sus textos como si hablaran por sí mismos, independientemente de las polémicas del momento y de la acción política propuesta, conduce a lamentables errores.*

Este tipo de producción periodística se corresponde evidentemente con una producción de ciclo corto. Anteriormente, Azaña ejerció como secretario primero del Ateneo de Madrid entre 1913 y 1920. Su posición en esta institución le permitió hacerse un lugar entre la élite cultural y política de la capital, pero su actividad en el Ateneo y sus esporádicas colaboraciones periodísticas difícilmente pueden considerarse una apuesta intelectual seria, en un sentido u otro. Es cierto que el espacio del Ateneo supuso un estímulo intelectual y fue condición necesaria para su posterior carrera política y para su apuesta literaria. Pero en aquellos momentos Azaña no gozaba de prácticamente ningún reconocimiento como intelectual:

*Esa voracidad lectora y esa falta de constancia en los planes, que él mismo atribuye en una nota de su diario, de 15 de febrero de 1915, a su indolencia, a su falta de ambición, a la desconfianza originada en su deseo de acertar, a la falta de un maestro, y al influjo esterilizante de su grupo de amigos, podría reducirse a una más prosaica razón, que tampoco escapó a su escrutadora mirada: la falta de compromiso público con la escritura. Azaña no vivía sometido a la disciplina propia del profesional que, por razón de oficio, tiene que escribir. [...] nunca se comprometió con ninguno de sus planes de trabajo hasta el punto de llevarlo a término, de darlo a conocer al público por escrito, con su nombre, sin valerse de seudónimos, en una edad en la que se define una profesión, lo que uno es por lo que uno hace, con su nombre y su cara, públicamente (Juliá, 2010: 101-102).*

Por todo ello creemos razonable afirmar que Azaña apostó de manera más continua y decidida por un tipo de producción que se aproxima a los cánones del ciclo largo: reconocimiento de los pares, con su biografía de Juan Valera (1926), trabajo científico en los *Estudios de política francesa contemporánea. La política militar* (1919), para los que “acopia una importante base bibliográfica para sus análisis: está perfectamente al tanto de lo publicado en Francia sobre las causas del desastre y las derrotas de 1914” (Juliá, 2010: 192), o una literatura introspectiva que requiere un largo período de elaboración, como *El jardín de los frailes* (1921-1927).

Para Azaña hemos incluido en el cuadro la profesión que ejerció durante más tiempo y que, por tanto, marcó más duraderamente su trayectoria. La militancia política estuvo presente desde 1913, pero se convirtió en una ocupación profesional solo a partir de 1931. La secuencia en que se sigue una trayectoria también es relevante y, en este caso, el orden de los factores altera el producto:

ocupar primero una u otra posición no es indiferente y una persona, como Azaña, que se convierte en militante a tiempo completo con 51 años, después de dedicarse durante 21 años a otra ocupación desvinculada de la política, tendrá una forma de vivir esa condición de político profesional muy diferente a la de quien ocupa posiciones de responsabilidad política desde una edad temprana. La autonomía de la ocupación profesional y una producción de ciclo largo tienden a disociar el compromiso político y el intelectual de una manera más acentuada que en Ortega. La intervención pública a través de la prensa, espacio en el que se hibridaban campo político e intelectual, juega aquí un papel secundario y se impone la militancia política partidista, es decir, en un espacio específicamente político: primero en el reformismo, luego en la oposición a la Dictadura de Primo de Rivera y, por último, en Acción e Izquierda Republicana. Sin embargo, los públicos de especialistas con los que dialogaba Azaña en su producción intelectual eran principalmente españoles, por lo que ese plus de distancia respecto a la realidad política española que tenía Ortega a la hora de hablar de filosofía en calidad de primera figura europea desaparece en su caso.

Como ocurre con Ortega, el fantasma de un repliegue ascético a la actividad intelectual rondaba siempre las crisis políticas de Azaña. Cuando se cerraba el espacio de oportunidades políticas, Azaña se planteaba, con más o menos sinceridad y realismo, retirarse a sus proyectos intelectuales, relegados a un segundo plano en los períodos de agitada actividad política. Sin embargo, a diferencia de Ortega, la trayectoria de Azaña muestra que, cuando el compromiso político y la exigencia intelectual producían tensiones, la vocación política se imponía sobre la intelectual y la retirada a su “abandonada intimidad” (Juliá, 2010: 337) fue, cuando se dio, bastante precaria.

Ramiro de Maeztu y Luis Araquistáin se mueven en un espacio profesional heterónimo. El periodismo era un lugar de hibridación entre la política y el mundo intelectual. La prensa funcionaba como un altavoz de los programas de los grupos políticos que la subvencionaban u organizaban. Al mismo tiempo, las distintas publicaciones competían por atraer a colaboradores de renombre intelectual que, por sus competencias específicas en el manejo de la palabra escrita –mayor capacidad de convencer o agradar al público con sus argumentos– o simplemente por su prestigio, contribuían a una difusión más exitosa. Como la exigencia intelectual no responde a la misma lógica que la efectividad política ni que la rentabilidad económica, las tensiones eran frecuentes, ya lo hemos visto con Ortega y Maeztu se lo recordaba con argumentos muy sólidos:

*Una cosa es saber con precisión científica lo que es el bien: otra inducir a hacer lo que ya sabemos que es el bien aunque lo sea científicamente. Todos los comerciantes españoles o un buen número de ellos al menos, saben que el Banco ha repartido sus dividendos a cuenta de préstamos que el Estado ha hecho al Estado. Todo el mundo o casi todo el mundo sabe que así se han malversado más de 2000 millones de pesetas. Pues los que lo han sabido mejor... ¡han sido Ministros de Hacienda u obtenido momios arancelarios, tabacaleros, explosivos, azucareros, trasatlánticos [sic], etc. precisamente por saberlo y por callárselo! La pregunta de Platón: "¿pero lo han visto bien?" está bien para una cátedra. Para la vida práctica no puede Vd. negar que todos esos sinvergüenzas lo han visto lo bastante bien, para no haberlo hecho de haber sido personas decentes, aunque sin ciencia (Carta de Maeztu a Ortega, octubre de 1908).*

Para quien cifraba en la producción periodística toda su apuesta intelectual, la sensibilidad hacia la actualidad política era casi una condición de la existencia en el campo. Se subraya habitualmente que el ritmo del trabajo periodístico imponía un estilo particular al periodista y condicionaba su producción intelectual. Sin embargo, no es tan frecuente la afirmación de que esa hiperestesia hacia la actualidad, inscrita no solo en la producción intelectual sino en un modo de vida, en tanto que es una fuente de ingresos en la economía material y simbólica de personas como Maeztu y Araquistáin, tenía también una influencia determinante en el tipo de trayectoria política. Esta será mucho menos estable y serán más probables las súbitas transformaciones ideológicas que acompañan la modificación de la coyuntura política, buscando siempre un lugar en el espacio de posibles. Porque, de cerrarse por completo la coyuntura política, íntimamente ligada al periodismo, ¿hacia qué otra esfera de actividad profesional e intelectual retirarse?

La dificultad para acotar diferentes esferas vitales se expresa también en la manera en que Maeztu y Araquistáin se desenvolvían en espacios ajenos a la prensa. La producción filosófica de Maeztu, de reconocido valor en la época y posteriormente –ciclo largo: véase, por ejemplo, *La crisis del humanismo*–, no dejaba de formar parte de un programa estrictamente político de manera mucho más directa que la filosofía de Ortega o la literatura de Azaña. En 1908 Maeztu agradecía a Ortega sus reconvenciones y admitía la necesidad de formarse intelectualmente, pero siempre con la intención de poner dicha formación al servicio de su actividad periodística:

*Todo lo que diga Vd. de mi desorden mental me hace mucho bien. Me molesta, pero se lo agradezco. Trato de curarlo. Leo con toda la posible fuerza de atención, después de mi trabajo, libros de fundamento. Subrayo, tomo notas, busco en ellas a menudo la interpretación de la noticia del día que me interesa* (Carta de Maeztu a Ortega, septiembre de 1908).

Araquistáin, “periodista atareado” que no era capaz como Maeztu de “sobreponerse a una de las profesiones más disolventes y agotadoras” (Santervás, 1990: 135) para desarrollar una filosofía o una literatura de gran valor, no dejó nunca de ser un intelectual que entraba en la política. Tusell (1983: 127-128) afirma que Araquistáin “no era estrictamente un político porque muchas de sus tomas de postura no tenían en cuenta el auditorio que debía recogerlas y por ello aunque tuviera razón a medio y largo plazo muchas veces no es que no fuera comprendido sino que resultaba literalmente incomprensible y, por lo tanto, tampoco despertaba tantas adhesiones en su propio partido”. Aquí, la relación con la prensa revela ser de suma importancia, ya que también Maeztu –“cerebro del movimiento doctrinal que se titula *Acción Española*” (González Cuevas, 2003: 274)– y el propio Ortega presentan un perfil político similar en ese aspecto. Azaña, por el contrario, cuando se dedicó a la política lo hizo en calidad de hombre de partido, ocupando un lugar de responsabilidad en la realización y no solo en la proposición de un programa político.

La heteronomía de la producción periodística se manifiesta también a través del papel que jugaba el capital económico en la ordenación de las jerarquías intelectuales. En la medida en que una práctica cultural se autonomiza del poder político y del poder económico, la ostentación de dicha autonomía pasa a ser un criterio significativo para juzgar a los sujetos que la ejercitan y se convierte en una fuente de legitimidad. El valor simbólico de la forma de retribución económica de la producción intelectual es una de las manifestaciones concretas del *interés por el desinterés* en esta lucha por la jerarquía intelectual. La distinción entre producción de ciclo corto y de ciclo largo también es un buen baremo en este sentido: cuanto más diferida sea esta retribución económica, más elevada y pura se considerarán la obra y su autor, más evidente será el aparente desapego respecto a una retribución económica e incluso simbólica y, por tanto, más *desinteresada* se presentará la vocación intelectual respecto de factores que la ideología profesional del intelectual pretende externos a ella.

José Luis Villacañas (2000: 102) insiste en que Maeztu “siempre pensó que la inversión de sus energías en el periodismo era un despilfarro de su talento. La

mención de las pesetas que cobraba por sus artículos, que tantas veces aparece en su escritura, era una objetivación de ese sentimiento de estar violando las leyes de la economía espiritual más profunda de su vida”. Es una forma de decir que Maeztu sentía que estaba malvendiendo su talento en un dominio intelectual menor. Otras veces, el vitoriano hacía de la necesidad virtud para defender la labor periodística comprometida, a la vez que criticaba la idea del “arte por el arte”, que gozaba de mayor prestigio simbólico en el mundo intelectual. En esas ocasiones subrayaba la caducidad y la materialidad de su producción y proponía la utilidad social como un criterio alternativo para valorar el trabajo intelectual:

*Unos han encontrado un objeto artificial al que dedicar toda la energía de su alma. El otro no puede concentrarse en la producción de una obra de arte, no está en condiciones de idealizar su producción literaria, ni puede ver los resultados de su proyecto de otra España. [...] Una obra literaria se puede idealizar; otra, la obra social, no. Unas energías, las artísticas, se pueden sublimar; otras, las periodísticas, llevan demasiado cerca la cifra en pesetas y la fecha de caducidad como para consentirlo. La obra de arte perfecta no es rozada por la realidad social (Villacañas, 2000: 102).*

Valórese la diferencia con la posición de Ortega, que consideraba “que la filosofía no sirve para nada. Precisamente por eso soy yo filósofo, porque no sirve para nada serlo. La notoria «inutilidad» de la filosofía es acaso el síntoma más favorable para que veamos en ella verdadero conocimiento. Una cosa que sirve es una cosa que sirve para otra, y en esa medida es servil” (Ortega, 2010: 424).

Por último, el ascetismo como ideal de la vida intelectual es un corolario de lo anterior. Frente al ambiente bohemio del café y la tertulia, la auténtica vida intelectual se presenta como un trabajo introspectivo: “prueba suprema” en la que las “almas escogidas es en el silencio cuando acaban por hallarse a sí mismas”, lejos de la influencia “de toda vida superficial de relación.” (Maeztu, 1962: 139-147) Toda actividad intelectual, al margen de las expectativas de recepción, supone un diálogo que primero, en el proceso de creación, es imaginario y luego se hace efectivo. Al subrayar el componente introspectivo de la producción no se muestra tanto la aspiración a un ideal imposible de realizar como, al igual que comentamos anteriormente con el *interés en el desinterés*, una suerte de sacrificio que legitima al autor y a su obra en el contexto de un campo intelectual que se reclama autónomo. Una obra *parecerá* más intelectual cuanto más se asocie al ideal de la vida contemplativa y ascética. Podemos encontrar lamentos similares en Araquistáin, Azaña y Ortega, pero Maeztu (1962

[1928]: 255-256) resume bien esa melancolía que rodea a la actividad intelectual de un halo ascético, la sacraliza y la devuelve después al mundo con una forma de legitimidad ultramundana: el periodismo es “un aspecto de la vida contemplativa”, si bien

*la vida contemplativa tiene sus avanzadas en las fronteras mismas de la acción. [...] El articulista es ya un cartujo. [...] Yo he soñado muchas veces con vivir todo el tiempo en un mausoleo, con sólo una reja por la que recibir libros y periódicos y el cotidiano pan, o con ser un puro espíritu, con una mano descarnada que escriba. Y para que el sueño se realizase, en lo posible, he vivido más de quince años en el extranjero, sin el menor contacto con el público que me interesaba. Este interés, naturalmente, era incompatible con el sueño. Somos también carne, y el alma sin el cuerpo se muere de tristeza.*

#### CONCLUSIONES

Bourdieu (2006: 51) relacionaba la disposición estética con unas

*condiciones particulares de existencia: condición de todo aprendizaje de la cultura legítima, ya sea implícito y difuso como es, casi siempre, el aprendizaje familiar, o explícito y específico, como el escolar, estas condiciones de existencia se caracterizan por la suspensión y el aplazamiento de la necesidad económica, y por la distancia objetiva y subjetiva de la urgencia práctica, fundamento de la distancia objetiva y subjetiva de los grupos sometidos a estos determinismos.*

En este artículo se ha visto cómo la distribución del capital cultural y económico en la familia, además de suponer una criba de acceso a las élites intelectuales, guarda relación con la trayectoria intelectual y política de los sujetos considerados: existe una homología entre esa distribución de capitales en el origen social y la posición que los sujetos ocupan en el campo intelectual en su madurez, determinada a su vez por una distribución similar, comparativamente, de dichos capitales. Así, Ortega, con una fuerte conexión familiar con el capital cultural y político ocupa, durante la mayor parte del tiempo, el lugar más prestigioso en el campo intelectual de los cuatro sujetos considerados. Azaña, en cuya familia encontramos políticos con vocación intelectual de menor renombre, se incorpora más tardíamente a los espacios más legítimos de la vida cultural madrileña y tiene un ritmo de producción intelectual mucho más intermitente; aunque al final de su vida ocupará el centro de la escena política nacional.

Ramiro de Maeztu, de padre dedicado a los negocios, con un vínculo mucho más difuso con la política por vía materna y con las dificultades que plantea el autodidactismo en entornos familiarizados con el capital cultural legítimo, nunca abandonará el dominio intelectual menor del periodismo, que vincula estrechamente la producción intelectual al capital económico –influencia del modelo paterno–; aunque será reconocido como un intelectual relevante –significativamente criticado por su falta de contención– y producirá obras de gran calidad y repercusión. Debe entenderse que el origen social dista de ser determinante en un sentido absoluto para las trayectorias reconstruidas: aquí se partía de un destino social recogido en una categoría común –la condición de intelectual– y se trataba de ver si, para estos casos particulares, el origen social ayudaba a explicar las relaciones estructurales existentes entre ellos.

En segundo lugar, se ha constatado que, al menos en los casos estudiados, las jerarquías simbólicas que organizan el espacio intelectual están mediadas por la progresiva autonomía de las distintas esferas de la actividad intelectual respecto de la política y del mercado y que, posiblemente, esta circunstancia sea una novedad histórica en la España de la época. Síntomas del estado emergente en que se encontraba este proceso son: en sentido positivo, la consolidación de espacios profesionales estables y relativamente autónomos respecto a la política compatibles con la vida intelectual, las tensiones entre la exigencia intelectual y el compromiso político, el ascetismo como ideal intelectual y la fuerza del *interés por el desinterés* como estrategia de legitimación de los intelectuales implicados en las luchas por la definición de la ortodoxia en el campo, así como la resultante posición subordinada que ocupaba la producción intelectual heterónoma en el mismo. En sentido negativo, es decir, como testimonio de que la autonomía era limitada, encontramos la enorme influencia del periodismo en el debate intelectual y la íntima relación –acompañada de frecuentes intercambios– entre las élites políticas y los intelectuales.

Todo ello permite plantear la hipótesis de que a principios del siglo XX se comienza a gestar un cambio en el modo de generación de las élites españolas, ofreciéndose un esquema explicativo para algunos de sus factores, a partir de las relaciones entre el capital cultural, la carrera profesional y la trayectoria política.

BIBLIOGRAFÍA

- ARÓSTEGUI, J. (2013): *Largo Caballero. El tesón y la quimera*, Barcelona, Debate.
- BARRIO, A. (2001): “Estudio preliminar” en Luis Araquistáin, *La revista España y la crisis del Estado liberal*, Santander, Servicio de Publicaciones Universidad de Cantabria.
- BOURDIEU, P. (2006): *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid, Taurus.
- BOURDIEU, P. (2011): *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama.
- GONZÁLEZ CUEVAS, P. C. (2002): *La tradición bloqueada. Tres ideas políticas en España: el primer Ramiro de Maeztu, Charles Maurras y Carl Schmitt*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- GONZÁLEZ CUEVAS, P. C. (2003): *Maeztu. Biografía de un nacionalista español*, Madrid, Marcial Pons Historia.
- GRIGNON, C. y PASSERON, J.-C. (1991): *Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y en literatura*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión.
- JULIÁ, S. (2004): *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus.
- JULIÁ, S. (2010): *Vida y tiempo de Manuel Azaña. 1880-1940*, Madrid, Santillana.
- MAEZTU, R. (comp.) (1962): *Autobiografía*, Madrid, Editorial Nacional.
- MARCO, J. M. (2007): *Azaña, una biografía*, Madrid, LibrosLibres.
- MARRERO, V. (1955): *Maeztu*, Madrid, Editorial Rialp.
- MORENO PESTAÑA, J. L. (2013): *La norma de la filosofía: la configuración del patrón filosófico español tras la Guerra Civil*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- ORTEGA Y GASSET, J. (2010): *Bronca en la física* [1937], en *Obras Completas*, Madrid, Taurus / Fundación Ortega y Gasset.
- RIVERA GARCÍA, A. (2009): “Regeneracionismo, socialismo y escepticismo en Luis Araquistáin.” *Arbor, Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 739, pp. 1019-1034.
- RODRÍGUEZ MIGUEL, M. A. (1996): “Luis Araquistáin ante la crisis de la República de Weimar (1932-1933)”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 18.

- SANTERVÁS, R. (1990): “Maeztu y Araquistáin: dos periodistas acuciados por la transformación de España”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 12, pp. 133-154.
- TUSELL, J. (1983): “Estudio preliminar” en Luis Araquistáin: *Sobre la guerra civil y la emigración*, Madrid, Espasa-Calpe.
- VILLACAÑAS, J. L. (2000): *Ramiro de Maeztu y el Ideal de la Burguesía en España*, Madrid, Espasa-Calpe.
- WOHL, R. (1979): *The Generation of 1914*, Cambridge MA, Harvard University Press.
- ZAMORA BONILLA, J. (2002): *Ortega y Gasset*, Barcelona, Plaza & Janés.

Recibido: 4 de octubre de 2013

Aceptado: 2 de noviembre de 2013

**Jorge Costa Delgado** es becario FPI del Ministerio de Economía y Competitividad, adscrito a la Universidad de Cádiz, donde cursó un Máster en Estudios Hispánicos. Investiga sobre la sociología de los intelectuales y la sociología de la filosofía. Actualmente trabaja en su tesis doctoral, que se titula “La teoría de las generaciones de Ortega y sus efectos en los campos político, literario, filosófico y de las ciencias sociales”, tema sobre el que ha publicado varios artículos. [jorge.costa@uca.es](mailto:jorge.costa@uca.es)